

24: EL LIBRO DE RUTH

Hay tres libros en la Biblia que son como una "literatura de protesta". Sus autores, curiosamente anónimos, los escribieron para exponer y defender su punto de vista acerca de un problema humano en un momento dado de la historia hebrea. Además del de Jonás y del de Job está el libro de Ruth. Ninguno de ellos pretende contar una crónica histórica; sus personajes principales no son personas reales que existieron alguna vez. Son personajes ficticios, creados por sus respectivos autores para desarrollar un argumento dramático con un propósito específico. Sólo un completo ignorante podría pensar que estos libros se escribieron para que se los leyese como historias realmente sucedidas y como palabra inerrante de Dios en este sentido.

Ya examinamos en esta serie el libro de Jonás y el de Job. Jonás se ubica, incorrectamente según mi parecer, en la sección llamada el "Libro de los Doce", a la que los cristianos tienden a llamar los "Profetas Menores". En relación con este libro, sólo señalar que, así como nosotros especificamos la naturaleza ficticia de una historia empezándola con las palabras "había una vez..." o algo parecido, entre los judíos la naturaleza ficticia de un relato se mostraba mediante grandes exageraciones. Así, el gran pez en cuyo estómago el profeta pudo vivir durante tres días y tres noches. O la exageración en Job de que la rectitud de un hombre notable y poderoso Dios la pusiese a prueba a instancias de Satanás, y mediante la destrucción repentina de los bienes de su vida, por una serie de calamidades, inmerecidas desde el punto de vista de su valía moral. Tanto la ballena como la suma de calamidades repentinas indicaban lo ficticio de aquellas narraciones, cuyo carácter no histórico no descartaba un propósito y lección importantes.

Hoy analizaremos el tercer libro de "protesta", el libro de Ruth. Esta pequeña historia de 4 capítulos se esconde en la Biblia entre el libro de los Jueces y el primero de Samuel. Aunque escrito tras el exilio, probablemente en la época de Esdras y Nehemías, es decir, entre el 425 y el 360 aC., su actual posición en la Biblia se debe a que la acción de la historia se ubica en el tiempo anterior al establecimiento de la casa de David y de su linaje pues el autor del libro presenta a Ruth nada menos que como bisabuela del futuro rey. Ahora bien, para comprender el propósito de dicho autor, debemos seguir la historia y describir primero su escenario y, sobre todo, el contexto de su redacción.

En el tiempo de Esdras y de Nehemías, el pueblo judío estaba inmerso en un período de xenofobia intensa, fruto de uno de esos miedos desproporcionados que indefectiblemente generan prejuicios de todo punto irracionales. Los judíos se sentían ante la posibilidad de su aniquilación como pueblo: una amenaza que se cernía sobre ellos desde hacía casi doscientos años. Primero, en efecto, los babilonios los habían derrotado, en el 596 aC., pese a las murallas que defendían Jerusalén, que supuestamente eran inexpugnables pues ningún enemigo había podido con ellas en más de 400 años. Sin embargo, ante el empuje de las fuerzas de Nabucodonosor, las murallas cedieron y, como consecuencia, la ciudad santa quedó reducida a escombros y arrasada, así como el templo de Salomón, edificado en torno al 935 aC como la casa terrenal de Yahvéh. El resultado fue el exilio y el cautiverio en Babilonia del pueblo judío; cuyo trauma fue peor aún al creer no sólo ser el pueblo escogido por Dios sino que la tierra en la que habían habitado era el don de la promesa de Yahvéh y era santa y era, además, no sólo el centro del mundo sino también el lugar donde el cielo y la tierra se encontraban. Violentamente apartados de todo lo que consideraban santo, los judíos dudaron de si alguna vez volverían a entonar la canción de Yahvéh que, según

creían, no se podía entonar en tierra extraña.

Cuando finalmente se les permitió volver a algunos de unas dos generaciones después, alrededor del año 538 aC, éstos interpretaron que Dios los reivindicaría como suyos por fin y que restablecería el largamente esperado reino de Dios de nuevo, en suelo judío. Creían que el fin del cautiverio era señal de la cercanía del reino y que Dios nuevamente estaría al timón, pero, sin embargo, la cosa no fue así. Y tampoco una segunda ola de retorno, en el 490 aC, bajo el reinado de Zorobabel, dio pie al advenimiento del tan esperado reinado de Yahvéh. Y lo mismo pasó con un tercer grupo, liderado por Nehemías alrededor del 450 aC, y lo mismo pasó también con un cuarto grupo, bajo Esdras, entre el 400 y el 350 aC.

Con cada desengaño, la desesperanza parecía recibir una nueva confirmación, y por eso los judíos empezaron a agobiarse y a preguntarse por qué Dios no los protegía y por qué había permitido que "su" pueblo fuera tan mal tratado por la derrota y el exilio y luego que el retorno sólo les aportase la amargura de verse pequeños, indefensos y continuamente víctimas de los abusos de sus vecinos. Era un modo extraño de actuar por parte de Dios a menos que estuviera enojado. Así que se pusieron a investigar qué habían hecho para enfurecer a Dios y provocar su situación actual. En tiempos de Esdras, creyeron por fin haber descubierto la causa de su sufrimiento: los judíos habían dejado de ser racialmente puros. Había habido matrimonios entre judíos y no-judíos, lo cual había contaminado la pureza de su sangre y hasta su fe verdadera. Se convencieron que esto era lo que había enojado a Yahvéh y que nada cambiaría hasta que se purificaran. Entonces, adoptaron una estrategia nacional firme: todos los elementos foráneos serían purgados. La xenofobia estaba servida. Esposos y esposas unidos en matrimonio con no judíos serían expulsados de la tierra, junto con todos los hijos mestizos nacidos de aquellas uniones no santas. El nuevo Judá sería de y para los judíos puros. Tal fue el trasfondo y el contexto en el que un autor anónimo escribió su "protesta", es decir, lo que hoy conocemos como el Libro de Ruth. Escuchen esta historia ahora, desde esta perspectiva crítica, la cual nos da el sentido de la inspiración y de la revelación que este libro contiene.

Un judío llamado Elimelec y su esposa también judía, Noemí, junto a sus dos hijos, Mahlón y Quelion, se trasladaron a la tierra de Moab, quizá por una crisis en la economía de Israel que hacía difícil encontrar trabajo en Judá. Durante su estancia en Moab, Elimelec falleció, y el cuidado de Noemí, su viuda, quedó a cargo de sus hijos. Ellos, viviendo lejos de Judá, tomaron por esposas a dos mujeres moabitas, Orfa y Ruth. Pero nuevamente la tragedia se abatió sobre aquella familia y murieron Mahlón y Quelion. En aquella sociedad patriarcal, una familia de sólo tres mujeres era vulnerable y económicamente inviable. Noemí decidió que su única opción era retornar a Judá y pidió a sus nueras que regresaran donde sus familias de origen. Hacerlo era señal de deshonor pero una viuda mayor, suegra suya y sin sus hijos, no tenía forma de hacerse cargo de dos jóvenes viudas también pero ahora solteras. Una, Orfa, estuvo de acuerdo; pero la otra, Ruth, declinó la sugerencia de Noemí y, en una frase que desde entonces se ha citado como ejemplo de fidelidad, le dijo: "No me pidas que me vaya... Donde tú vayas, allá iré yo. Donde tú te quedes, allí yo me quedaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios, y donde tú mueras, allí yo moriré y allí seré sepultada."

Las dos regresaron pues a Judá sin un hombre que las protegiera. Su vida era muy azarosa, en un mundo patriarcal. Decididas sin embargo a sobrevivir, se instalaron en las cercanías del campo de un hombre llamado Booz, que era un pariente lejano del fallecido esposo de Noemí. La ley judía mandaba que se permitiera a los pobres entrar en los campos de los ricos para recoger suficiente grano como para sobrevivir; y Ruth hacía así todos los días, y traía grano para hacer el pan que las mantenía vivas a las dos. Con el tiempo, Ruth se ganó la admiración de los vecinos, incluido Booz,

que ordenó que la protegieran cuando estuviera sola en el campo y que tuviera libre acceso al agua.

Noemí conocía el parentesco de Booz con Elimelec y también la ley judía que obligaba al varón de parentesco más cercano con un difunto a cuidar de su viuda como parte de su harén. Así que diseñó un plan para seducir a Booz y enfrentarlo con su responsabilidad hacia ella y hacia Ruth. Al final de la cosecha, habría una fiesta en la que abundaría el vino y Noemí dijo a Ruth que se bañara, perfumara y vistiera su mejor vestido para la fiesta. También le insistió en que se asegurara de que el corazón de Booz se alegrara con vino abundante.

Una vez ebrio, Booz, en efecto, se acostó en el suelo y se durmió. Entonces, Ruth puso un cojín bajo su cabeza, lo cubrió con una manta y ella se acostó también debajo de la manta, a su lado. A la mañana, al despertar, Booz descubrió a Ruth a su lado sin tener ni idea de lo que había pasado durante la noche. "¿Quién eres?", le preguntó, a lo que ella respondió: "Soy Ruth, extiende tu manto sobre mí porque eres pariente". Con lo que le estaba diciendo: "Tómame por esposa". A lo que Booz objetó, aun admitiendo su parentesco, que había otro pariente más cercano, el cual tendría que rechazarla antes. Pero, cuando el pariente declinó casarse, Booz hizo honor a su palabra y se casó con Ruth. Pronto tuvieron un hijo al que llamaron Obed y éste tuvo a su vez un hijo al que llamaron Jessé, y Jessé tuvo a su vez un hijo al que llamaron David, y ahí termina el libro de Ruth.

Ruth era una moabita y fue la bisabuela de David, el héroe de los judíos hiper-patriotas, empeñados, en tiempos de la redacción del libro, en expulsar de su tierra a todos los que no fueran puro judíos. Con lo que resulta la paradoja que David, por línea de sucesión, era moabita, según el autor del libro de Ruth, ¡igual que los que ellos estaban expulsando! ¡De modo que hubieran tenido que expulsarlo a él también! Tal era el mensaje divino del libro de Ruth, contrario a la xenofobia reinante y revelador de la evidente debilidad teológica de aquella actuación.

A medida que el miedo cedió, la xenofobia se fue desvaneciendo, como siempre ocurre. Pero, incluso en medio de la crisis, la llamada de Dios es siempre hacia la plenitud y hacia la no exclusión. Nadie es pleno cuando, bajo el miedo, trata de negar el valor y la dignidad de otros y los juzga impuros e inferiores a raíz de cualquier diferencia: la piel de otro color; la religión distinta y por eso no verdadera; o la situación económica o la orientación sexual, que no es la que la mayoría tiene por buena. El libro de Ruth, lo escribió un inspirado autor anónimo, con intención de protestar y de denunciar los límites que los prejuicios humanos tratan de poner siempre al amor de Dios. ¡Es fantástico que este libro se incluyera en las Sagradas Escrituras judías y luego cristianas, tenidas por reveladas! El libro de Ruth es un espejo en el que descubrir nuestros prejuicios para liberarnos de ellos. Por eso, y no por otra cosa, la Biblia es "sagrada".

— John Shelby Spong